

## TEXTOS

### Orosio o una interpretación de la historia

*Explicar la Historia, interpretarla, buscar causas primarias o derivadas del hecho histórico, tratar de sacar consecuencias formativas o impugnativas de él, y aun más, se ha hecho abundantemente por historiadores griegos y latinos, antes de la quinta centuria después de Cristo. Pero la novedad que el español Orosio aporta a la Filosofía de la Historia, al hacer una historia de la humanidad derivándola del primer pecado y siguiendo por sus consecuencias, aunque no nos sorprenda por su formación y por sus maestros, es altamente interesante.*

*Ya San Agustín, maestro de Orosio, en el tercer libro, sobre todo, de su obra la "Ciudad de Dios", había tratado el mismo tema orosiano. La diferencia entre discípulo y maestro es que en aquél el material histórico está mucho más elaborado y que bebe en las mismas fuentes sin usar de intermediarios.*

*En los "siete libros de Historia contra los paganos" Orosio nos muestra un corte radical en la Historia; una división nueva: tiempos antes de la Venida de Cristo al mundo y época posterior a esta venida. La historia de la humanidad es, para Orosio, una historia de salvación. Orosio vió en el largo recorrido de los defectos y miserias humanas, como un preludio, para una mejor vida de paz. Como hombre religioso que es, concibe la Historia primariamente, es decir, encabezada por su causa suprema, Dios, creador del linaje humano, sujeto de la historia. Pero el hombre primero pecó, y de este pecado salió la tendencia a rebelarse contra su creador. Dios se vió obligado a castigar esa indisciplina insolente del hombre.*

*Con una recia fe de cristiano primitivo, con un tono apologético que se entona bien con su propósito, trata de probar que las guerras, terremotos, pestes... que la humanidad ha sufrido, no son sino otros tantos castigos divinos en expiación de los pecados del hombre. Aquí la nota amenazadora de "destino" que vemos en otros historiadores como fuerza impulsiva de la historia, la vemos sustituida por Providencia Divina. Dios no abandona su creación sino que la dirige providencialmente, pero inflexiblemente por un camino de expiación, al reconocimiento de su soberanía. Cuando El se manifiesta al mundo en el Imperio, predestinado y pre-fijado por Dios (Cf. VI, 22), de César Augusto, la Historia de la Humanidad toma otro rumbo, ¿qué ha sucedido? El género humano está redimido, ya está a salvo; se le ha dado además una segura tabla de salvación: la religión.*

*Y aquí empieza la segunda etapa de la Historia de la Humanidad. Iluminado por la luz de Cristo, su hacerse en la Historia tendrá una proyección trascendental; la Historia es el camino necesario a recorrer para conseguir la verdadera Patria. Los tiempos presentes también conocieron desgracias, guerras y pestes, tan terribles como las de los tiempos pasados, pero tienen algo sobre los anteriores estos tiempos: "El consuelo de la verdadera religión", "la esperanza en el futuro y un común refugio".*

*El Imperio Romano va cayendo, cumplido su ciclo vital y porque pueblos bárbaros merodeaban hacia tiempo por sus fronteras. Alarico toma la ciudad imperial. Aquel imperio, preparado por Dios para ambientar pacíficamente su nacimiento, cayó también. Pero ¿qué importa que otro Imperio más desaparezca, que un pueblo vigoroso un tiempo, y dominador muera, si mediante ello han entrado en la esfera de la religión cristiana muchos pueblos bárbaros que tal vez no hubieran podido llegar a este puerto de salvación de otro modo? Se hundió un Imperio, pero se salvaron para la vida eterna muchos pueblos. Esta es la universalidad del cristianismo. Y por aquí caminó Orosio para interpretar la historia.*

#### HUMILDAD DEL AUTOR

#### DEDICACION DE LA OBRA.

Prol. He obedecido tus mandatos, Santísimo Padre Agustín. ¡Ojalá sea con tanta eficacia como con gusto! Yo sé poco bien si lo he hecho bien o mal; pero tú ya te preocupaste bastante de si yo podía hacer lo que me ordenabas. En cuanto a mí, me ajusté a la sola prueba de la obediencia, pero ordenándola con la voluntad y el esfuerzo. Pues habiendo en la gran casa del generoso padre de familia muchos animales de diversa especie que convienen para ayudar al patrimonio familiar, no es, sin embargo, el último, el cuidado de los perros; únicamente ellos, por instinto natural, tienden a aquello para lo que están preparados y por un instinto natural de obediencia se detienen, por un disciplinado temor, hasta que les es concedido el permiso con una palabra o señal para hacer lo que les apetezca. Tienen apetencias propias que cuanto son más superiores a las de los brutos, tanto más se aproximan a las de los humanos; estas son: distinguir, amar y servir. Pues distinguiendo entre señores y extraños, no es que odien a los que atacan, sino que están celosos de los que aman y amando a su señor y a su casa, los vigilan, pero no por instinto, sino con conciencia de un solícito amor. Por ello, en el místico Sacramento, en los Evangelios, la Cananea no se avergonzó de decir al Señor, ni Este se molestó al oír que los perros comían las migas de debajo de la mesa de los señores. Tampoco el bienaventurado Tobías, al seguir a su guía, el ángel, no despreció a un perro, como compañero. Del mismo modo yo, unido a tí con un singular amor, he ejecutado tu deseo con gusto. Pues debiendo someterme al

mandato de tu paternidad y siendo toda mi obra tuya, pues procede de tí y vuelve a tí, la he devuelto más aumentada con la sola contribución de que lo he hecho alegremente.

Me habías ordenado que escribiese contra la altanería perversidad de quienes, ajenos a la Ciudad de Dios, son llamados "paganos", porque proceden de encrucijadas de lugares agrestes y de las aldeas, o "gentiles", porque aprecian las cosas terrenas y no buscando lo futuro sino olvidando o ignorando el pasado, critican a los tiempos presentes, como acosados por unos males más que lo acostumbrado y ellos sólo por esto, porque se cree en Dios y se da culto a Dios, y se descuida el culto a los ídolos.

Tu me mandabas que desarrollara ordenada y brevemente en mi libro, sacadas de todos los fastos de las historias y de los anales que tenemos hasta hoy, todas las cargas de las guerras, los destrozos de las enfermedades, las tristezas del hombre, los horribles terremotos, las extraordinarias inundaciones, las terribles erupciones del fuego, la furia de los rayos y granizo y además todas las desgracias causadas por los parricidios y crímenes que yo encontrase en los siglos anteriores. Sobre todo, porque no conviene que tu reverencia, que se ocupa en terminar el undécimo libro contra estos mismos paganos—ya diez libros han brillado en todo el orbe como diez soles, cuando se ofrecieron desde la atalaya de luz de la Iglesia—, se entretenga en un tratado tan pequeño, y también porque Juliano, el "Cartaginés", un siervo de Dios, me exige que satisfaga su petición con esto con la misma confianza con la que me lo pide. Puse empeño en ello; al principio me sentí confuso pensando mucho en los desastres de los tiempos presentes, me parecía que estaban demasiado agitados,

pues he hallado en el pasado tiempos no sólo tan difíciles como estos, sino tanto más desgraciados cuando más lejos de la verdadera religión. Y así con toda justicia, se puso de manifiesto en este examen, que reinó en ellos la muerte, ávida de sangre, mientras se desconocía la religión que la impedía, que si la fe brillaba, aquélla crecía débil; si la fe se vigoriza, aquélla concluye; que no existirá ninguna muerte más cuando reine sola la fe. Dejando a un lado, por supuesto y exceptuados aquellos días postreros del fin del mundo y de la aparición del Anticristo y también del fallo del juicio, en los cuales predijo Cristo Señor en las Sagradas Escrituras, con su propio testimonio, que habría angustias como jamás había habido, siguiendo a través de las intolerables tribulaciones de aquellos tiempos, para los santos, la prueba, para los impíos, su perdición, en la misma medida de siempre, pero entonces con una diferencia más neta y trascendente.

#### VERDADERO PRINCIPIO PARA LA HISTORIA. EL PRIMER PECADO, PUNTO DE PARTIDA

I. I.—Y ya que todos los autores y latinos, que perpetuaron con sus palabras las hazañas de los reyes y de los pueblos, empezaron su historia por Nino, hijo de Bel y rey de los Asirios —los cuales, con una idea obtusa del mundo, quieren que se crea sin principio el origen y creación de los hombres y sin embargo establecen que los reinos y las cosas bellas han nacido de Nino, como si hasta entonces el género humano hubiera vivido como los animales, y entonces, de repente, se despertara como estremecido y llamado a destino nuevo—, yo he determinado hacer derivar el principio de las miserias humanas de su propio pecado, tocando sólo unos cuantos puntos, y con brevedad.

Desde el primer hombre Adán, hasta el rey Nino, "el grande", según dicen,

y cuando nació Abrahám, hay 3.184 años, que los historiadores todos los han omitido o los han ignorado. Desde Niño o Abrahán, hasta César Augusto, o sea hasta el nacimiento de Cristo, que fué en el año 42 del Imperio de César, cuando, hecha la paz con los partos, se cerraron las puertas de Jano (1) y cesaron las guerras en todo el mundo, hay 2.015 años, en los cuales se consumieron todos los ocios y ocupaciones del hombre de acción y del escritor. Por tanto, la cosa misma exige que toque unas pocas cosas y lo más brevemente posible de esos libros, que tratando del origen del mundo dieron confianza en las cosas pasadas, por el anuncio de cosas futuras y su subsiguiente prueba, y no porque yo quiera imponer su autoridad, sino porque vale la pena que diga en lo que pienso como ellos. En primer lugar, porque si el mundo y el hombre creado por la Divina Providencia, la cual es tan buena como justa, y así como conviene que el hombre, débil y tenaz, por naturaleza y por la libertad de hacer su capricho, falta de recursos, sea gobernado con afecto y al que abuse de la libertad sea corregido con justicia, cualquiera que por sí y en sí mismo ve al linaje humano, se da cuenta que con razón, desde el principio del hombre, este mundo se desenvuelve en períodos alternantes, buenos y malos; después, porque sabemos que el pecado y el castigo del pecado empiezan con el prime hombre; pero además, puesto que esos historiadores que empiezan en los tiempos medios y no se acuerdan nunca de los anteriores, no han escrito más que guerras y calamidades, ¿qué otra cosa son esas guerras sino males, que unas veces se inclinan a unos y otras a otros? Los males de esta especie, los que entonces existían, como los que existen hoy, son en cuanto existen, o pecados clarísimos o castigos ocultos de pecados. ¿Qué dificultad, pues, hay en que yo muestre la cabeza de un hecho cuyo cuerpo han descrito ya los otros y que pruebe en un brevísimo relato que aquellos siglos primeros, bastante numerosos, según he

(1) Jano, dios itálico, que simbolizaba el paso de una cosa a otra y se le presentaba con dos caras, tenía su templo junto al foso y sus puertas sólo se abrían durante las guerras.

mos visto, han traído tales desgracias? Por tanto, hablaré desde la creación del mundo hasta la fundación de la ciudad, y después, desde el principio de César y el Nacimiento de Cristo( desde lo cual el dominio del mundo quedó en poder de la ciudad), hasta nuestros días, inclusive. Para proporcionar un conocimiento mejor pienso que es necesario mostrar como desde una atalaya las luchas del género humano y al mundo ardiendo en males por distintas partes, incendiado por la tea de la pasión, para venir a contar que todo el orbe, habitado por el linaje humano, fué dividido en un principio por nuestros mayores en tres partes; después distribuidas por regiones o provincias, para que los estudiosos consigan más fácilmente un conocimiento, no sólo de los hechos y de las épocas, sino también de los lugares, puesto que las calamidades de las guerras y las enfermedades, se desarrollan en un lugar.

#### LAS VICTORIAS DE ROMA, CAUSA DE LA INFELICIDAD DE MUCHOS PUEBLOS

V. J.—Estoy seguro de que algunos, después de lo que voy a decir, pueden impresionarse de que las victorias romanas aumentaban destruyendo muchos pueblos y ciudades. Aunque, si bien lo miran, hallarán que resultó de ello más daño que beneficio. Y no deben tenerse esclavos, de aliados, de ciudadanos, de fugitivos, pues causaron no bienes, sino como poco importantes tantas luchas de grandes desgracias. Pero, yo finjo no darle tanta importancia, para que aparezcan ser tales cuales ellos quieren, y entonces pienso que dirán: ¿Hay acaso algún tiempo más feliz que estos en los que hubo continuos triunfos, famosas victorias, ricos botines, célebres procesiones, poderosos reyes y pueblos conquistados, marchando delante del carro triunfal? A esto responderé brevemente: que ellos suelen discutir acerca de esos tiempos y nosotros hablamos en su favor, y que esos tiempos no deben atribuirse a una sola ciudad, sino que consta que son comunes a todo el orbe. He aquí que, tan feliz como es Roma ven-

ciendo, es tan feliz, cuando es vencido, todo el resto del mundo. Por tanto, ¿en cuánto no debe estimarse esta gota de laboriosa felicidad, a la que se une la dicha de una sola ciudad, en medio de tan gran infelicidad, en la que se mueve la ruina de todo el orbe? O, si estos tiempos son juzgados tan dichosos porque aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no son juzgados más bien infelices, pues fueron la causa del acabamiento de poderosísimos reinos y de la destrucción de muchos pueblos civilizados? ¿Acaso le pareció otra cosa a Cartago, cuando después de 120 años, en los que, detestando unas veces los desastres de la guerra, otras las condiciones de paz; unas veces rebelándose en su interior, otras pidiendo la paz en la guerra, cambiaba la guerra por la paz, y al final, arrojándose los infelices ciudadanos al fuego, en una última desesperación, toda la ciudad fué una sola hoguera? Para ella, aún hoy, reduce de tamaño y desprovista de murallas, constituye una parte de su desgracia oír lo que fué el pasado. Dé también España su opinión: Cuando durante doscientos años regaba con su propia sangre todos sus campos y no podía ni rechazar ni hacer frente al importuno enemigo, que andaba perturbando de puerta en puerta; cuando, destruidas sus ciudades y poblados, aplastados por las matanzas de las guerras, agotados por el hambre de los asedios, muertos sus mujeres e hijos, se degollaban unos a otros, para remediar sus miserias en una infeliz muerte, ¿qué pensaba entonces España de su situación? Finalmente, que lo diga Italia misma: ¿Por qué durante 400 años se opuso, se resistió y se defendió, principalmente de sus propios romanos, si la felicidad de ellos no era su propia infelicidad y si no perjudicaba a los bienes de todos el que los romanos se hicieran dueños de todas las cosas? Y no pregunto ahora, a esos innumerables pueblos de distintos países, libres antes, vencidos ahora por la guerra, sacados de su Patria, vendidos a un precio, repartidos por diversos lugares por su condición de esclavos, ¿qué prefirieron entonces para sí, qué opinaron de los romanos y qué juzgaron de su situación? Y no hablo de los reyes de enormes riquezas, de gran poder, de gran fama,

los cuales, proderosísimos en un tiempo, fueron capturados después, encadenados como esclavos, puestos bajo el yugo, llevados delante del carro triunfal (2) y degollados en las cárceles. Es tan necio el preguntar su opinión, como cruel el no dolerse de su desgracia.

#### COMPARACION DE LOS TIEMPOS PASADOS Y LOS PRESENTES: LA PAZ CONQUISTADA Y LA PAZ RECIBIDA

Nosotros, a nosotros mismos nos consultamos el género de vida a elegir y nos entregamos a él. Nuestros antepasados hicieron guerras, pero cansados de ellas y porque deseaban la paz, ofrecieron tributos: el tributo es el precio de la paz. Nosotros pagamos tributos para no sufrir guerras y por esto nos mantenemos y permanecemos en el puerto a donde se refugiaron aquéllos en último término, para escapar a las tempestades de los males. Así, yo ya podría ver si son felices nuestros tiempos; en verdad los consideramos más felices, porque poseemos sin interrupción lo que aquéllos eligieron sólo al final. Pues la inquietud de las guerras, por la que ellos fueron atormentados, es desconocida para nosotros. Nosotros nacemos y envejecemos en la paz que aquéllos disfrutaron débilmente, después del Imperio de César y del nacimiento de Cristo; lo que para ellos era un pago obligado de servidumbre, para nosotros es una libre contribución a la defensa, y tanta distancia hay entre los tiempos pasados y los presentes, que lo que Roma nos arrebató entonces con la espada, usando de su ambición, ella misma, ahora, contribuye con nosotros para utilidad del Estado. Y si alguno dice que los romanos habían sido enemigos más tolerantes con nuestros padres que lo son ahora los godos con nosotros, que oiga y entienda cuán diferente parece el ser a cómo se hace.

#### UNIVERSALIDAD DE ROMA Y DEL CRISTIANISMO: UNA PATRIA COMUN

En otro tiempo, cuando las guerras reinaban en todo el orbe, cada provincia se regía por reyes propios, por leyes y costumbres propias, y no había comunidad de afectos cuando la diversidad de poderes no estaba de acuerdo. Finalmente, ¿qué es lo que impulsaba a la amistad a los pueblos bárbaros de aquí y de allá, a quienes separaba incluso la religión, pues estaban instruidos en distintos ritos sagrados? Así, pues, si alguno entonces, vencido por la crueldad de los males, decide abandonar su Patria y marchar con el enemigo, ¿a qué ignoto lugar irá él, extranjero? ¿A qué pueblo, si es enemigo, va a pedir algo un enemigo? ¿A quién se confiará de repente, no teniendo ni el mismo nombre, ni un derecho común, ni una unidad de religión? ¿Acaso ofrecen pocos ejemplos Busiris, quien sacrificaba brutalmente a los extranjeros que llegaban allí, y los litorales de Diana Taurica, que eran crueles para los visitantes, pero que eran aún más crueles sus ritos sagrados, o la malvada Tracia, con su rey Polimestor, para los huéspedes más queridos? Y para que no parezca que olvido ejemplos antiguos, Roma es testigo de la muerte de Pompeyo, y Egipto de su matador Ptolomeo.

V. 2.—Yo, al primer intento de morir, huyo, pues estoy seguro de tener un lugar donde refugiarme; en cualquier parte está mi Patria, mi ley y mi religión. Justamente ahora Africa me ha recibido con tanto gozo como confiadamente fui allí; esa Africa, digo, me ha recibido ahora en completa paz, en su propio seno, en su común derecho; de ella se ha dicho, una vez y con razón: "Estamos privados de la hospitalidad de la costa. Ellas suscitan guerras y nos impiden permanecer sobre la tierra" (3). Ahora, libremente, abre su

(2) Al general victorioso se le concedía en Roma el honor del "triumfo", que consistía en una entrada procesional en la ciudad imperial montado el vencedor en un carro triunfal y precedido de los pueblos, botín y troleos conquistados.

(3) Virgilio, Eneida, I, 1.540 y 41.

regazo benévolo para recibir a los compañeros de religión y de paz e invita espontáneamente a los cansados y los atiende. La extensión del Este, la inmensidad del Norte, la gran amplitud del Sur, los segurísimos y grandes establecimientos de las enormes islas, sin de mi mismo derecho y raza, puesto que yo, romano y cristiano, me acerco a romanos y cristianos. No temo a los dioses de mi huésped, no temo a su religión como a la muerte; no tengo ni un lugar que tema, donde al nativo le sea lícito hacer lo que quiera y al peregrino no le sea permitido hacer lo que le conviene, donde haya un derecho que no sea mío. Un sólo Dios es amado y temido por todos, el cual determinó la unidad de este reino en los tiempos en que El quiso darse a conocer. Por doquier dominan las mismas leyes que obedecen a este único Dios. Adonde quiera que vaya, como extranjero, no temo una repentina violencia, como si fuera un hombre abandonado. Entre los romanos, según dije, como romano; entre los cristianos, como cristiano; entre los hombres, como hombre; pido el Estado según sus leyes, la religión por la conciencia y la naturaleza por un sentido de universalidad. Uso temporalmente de toda la tierra, como si fuera mi Patria, puesto que la verdadera Patria y la que amo no está de ningún modo en la tierra. Nada perdí, pues nada amé, y lo tengo todo porque está conmigo lo que amo; sobre todo porque está también entre los hombres El, que me hizo no sólo conocido, sino muy próximo a los hombres, y no me abandonó cuando estaba necesitado, porque es suya la tierra y su plenitud, y ha ordenado que todas las cosas sean comunes a todos los hombres.

Estos son los bienes de nuestros tiempos. En su totalidad no los tuvieron nuestros mayores, en cuanto a tranquilidad en el presente, esperanza en el futuro y un común lugar de refugio; por esto hicieron frecuentes guerras, pues no existiendo una común libertad de cambiar de lugar y permaneciendo siempre en los mismos sitios, o fueron matados o sirvieron vergonzosamente. Esto será desarrollado más clara y evidentemente cuando se expongan por orden las hazañas de nuestros antecesores.

## NUMANCIA: ESCUELA DE APRENDIZAJE PARA LOS ROMANOS

V. 5.—El dolor me obliga a gritar aquí. ¿Por qué vosotros, romanos, os adjudicásteis falsamente aquellos grandes atributos de justicia, fidelidad, coraje y piedad? Aprendedlo de los numantinos, más bien. ¿Se pedía valor? Ellos murieron luchando. ¿Se pedía fidelidad? Los numantinos, creyendo a los otros como a sí mismos, concluyeron un tratado y dejaron libres a quienes pudieron matar. ¿Ha de probarse su justicia? La probó aquel tácito Senado, cuando los mismos numantinos, por medio de sus propios legados, reclamaban o una paz inviolable o a los que ellos habían dejado libres, como garantía de paz. ¿Era necesario que se examinase su misericordia? Bastante prueba de ello dieron al concederle la vida al ejército enemigo y al no castigar a Mancino. ¿Acaso Mancino, que impidió la matanza inminente del ejército vencido, poniendo como pretexto el tratado de paz y reservando los recursos en peligro de la Patria para mejores tiempos? O, si no agradó el pacto que habían hecho, ¿por qué el ejército fué rescatado por este precio, o cuando regresó fué recibido, o cuando fué reclamado no fué devuelto? O, si creyendo conveniente salvar el ejército, ¿por qué solamente fué entregado al fuego Mancino, que fué quien concluyó este trabajo?

## PAZ EN EL MUNDO. VENIDA DE CRISTO. CRISTO, CIUDADANO ROMANO

VI. 22.—Y en efecto, en ese tiempo, es decir, en el año en que César, por disposición divina, estableció una firmísima y verdadera paz, nació Cristo, a cuya llegada siguió esta paz y en cuyo nacimiento los ángeles, alegres, cantaron en el oído del hombre "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad", y en el mismo tiempo éste, a quien todas las cosas se le sometieron, no toleró ser llamado Señor de los hombres, o más

bien, no se atrevió porque había nacido entre los hombres el verdadero Señor de todo el linaje humano. También en el mismo año y por primera vez, el mismo César, a quien Dios había predestinado para este gran misterio, mandó hacer el censo de cada una y todas las provincias y de todos los hombres, precisamente cuando Dios se había dignado tomar forma y naturaleza humana. Entonces, pues, nació Cristo, y fué alistado en el censo Romano, tan pronto como nació. Esta es la primera y más clara manifestación que mostró a César como Príncipe de todos los pueblos y a los romanos como señores del Universo, por el alistamiento de todos los hombres, uno a uno, en el cual El mismo, que hizo a todos los hombres, quiso encontrarse y enrolarse como hombre entre los hombres. Esto, absolutamente nunca desde el principio del mundo y desde el nacimiento del género humano, le fué concedido en esta medida ni al reino Babilónico, ni al Macedónico, por no decir a otros más pequeños. Y no hay dudas de que está claro el conocimiento de todos a la fe y a la investigación, que Jesucristo Nuestro Señor había hecho prosperar a esta ciudad con su poder y la había defendido y llevado a tal cumbre de poderío, que quiso, cuando vino, pertenecer a ella especialmente, ser llamado romano, según la declaración del censo romano. Por lo cual, puesto que llegué al momento en que Cristo Señor iluminó a este mundo por primera vez con su llegada y dió a César un reinado verdaderamente pacífico, yo deberé concluir aquí este sexto libro. En el séptimo libro, si Dios me da la fuerza necesaria, expondré cómo los tiempos florecientes del cristianismo y su crecimiento entre los esfuerzos hechos para reprimirlo y la situación actual, son criticados severamente por los mismos, a los que me siento obligado a decir estas cosas. Y puesto que desde el principio no callé que los hombres pecaban y eran castigados por sus pecados, ahora también, en el libro séptimo, expondré las persecuciones que han sufrido los cristianos y los castigos que las siguieron, y aparte de eso, que todos los hombres en general están inclinados al pecado y que son castigados individualmente por esos mismos pecados.

## PODER Y PACIENCIA DE DIOS EN LA HISTORIA

VII. 1.—He reunido, a mi parecer, ya documentos suficientes, con los que puedo, salvo algún misterio, que es propio de unos pocos fieles, probar completamente que el único y verdadero Dios a quien predica la religión cristiana, ha hecho el mundo y sus criaturas, cuando quiso, y los ha dispuesto con muchos actos, aunque son ignorados para muchos, y los ha destinado a un solo fin, cuando él fué revelado con un solo acto; y ha manifestado al mismo tiempo su poder y paciencia de diversos modos. Me doy cuenta que las mentes estrechas y mezquinas se ofenden por el hecho de que una tan gran paciencia se una a tan gran poder. Pues si era poderoso, dicen, para crear un mundo, para establecer la paz en el mundo, para dar al mundo el culto y el conocimiento de sí mismo, ¿por qué fué necesaria tan grande, o como ellos creen, tan perniciosa paciencia, que causó los pecados, los desastres y fatigas de los hombres, si desde el principio, con la virtud del Dios que tú predicas, había podido comenzarse en otras ocasiones? Yo podía responder a éstos que para eso fué creado e instituído el género humano desde el principio para que viviendo, de acuerdo con la religión, en paz y sin fatigas, mereciese la eternidad como fruto de su obediencia; pero habiendo abusado de la bondad del Creador, el cual nos ha dado la libertad, han convertido su libertad en orgullo y han pasado del desprecio de Dios al olvido, y ahora es justa la paciencia de Dios, en uno y otro caso, para que el desprecio no pierda totalmente a quien quiera arrepentirse. El, poderoso y menospreciado, permite que sean afligidos por los trabajos, si es así su deseo. De lo cual se sigue, que es siempre justo dar una norma al que no la tiene y restituir a éste, si hace penitencia, la facultad de la antigua gracia.

## DEFENSA DE CRISTO FRENTE A LOS DIOSOS PAGANOS

VII. 1.—Pero estas cosas, aunque dichas con gran fuerza y verdad, requie-

ren sin embargo un devoto y obediente escucha, y veo que ahora mi auditorio es de incrédulos, que tal vez creerán algún día; yo las presentaré, por tanto, con tanta evidencia, que estos mismos incrédulos, aunque no quieran aprobarlas, no podrán desaprobarnos. Y así, en lo que toca al conocimiento de la mente humana, nosotros y ellos vivimos en el respeto a una religión y en la confusión y culto a un poder superior, diferenciándonos sólo en el Credo. Nosotros confesamos que todas las cosas proceden de un solo Dios y a través de un solo Dios; ellos creen que hay tantos dioses como cosas existen. Si ese Dios que predicáis, dicen, hizo que el Imperio Romano llegase a ser tan extenso y tan exaltado, ¿por qué su paciencia fué obstáculo para que se hiciera antes? A éstos voy a responder con sus mismos términos: si los dioses que predicáis hicieron que el Imperio Romano llegase a ser un Imperio amplio y sublime, ¿por qué la paciencia de esos mismos dioses obstaculizó el que se hiciera así antes? ¿caso no existían todavía esos dioses?, ¿o no existía Roma?; ¿es que no eran adorados ya en aquel tiempo?; ¿caso Roma no parecía aún fuerte en su mando? Si los dioses no existían aún, cesa la discusión, pues ¿por qué discutir ya la demora de los dioses, si no hallo ni siquiera su existencia? Pero si existían los dioses, su poder, o según creen ellos su paciencia, está en falta; su paciencia, si existían y no lo hicieron, su poder, si les faltó para hacerlo. Pero sí parece más plausible decir que habían existido entonces dioses que podían ayudar, pero que no existían aún romanos que pudieran ser asistidos rectamente, nosotros, por nuestra parte, tratamos de buscar un poder autor de todas las cosas, no un conocimiento creador. Pues aquí se trata de grandes dioses, como ellos dicen, no de humildísimos artesanos a los que si les falta el material, su arte cesa. Pues si les era posible siempre el conocer de antemano y el disponer—su prenocimiento más bien sometido, pues para la omnipotencia el conocer de antemano y el querer acerca de sus propias obras, son lo mismo—todo lo que era conocido de antemano y querido debía de ser demorado, sino creado. Especialmente cuando ellos dicen que

su Júpiter acostumbraba por diversión propia a convertir a multitud de hormigas en tribus humanas. Pienso que no debe decirse nada acerca de los ritos, pues, en medio de continuos sacrificios, no hubo ni fin ni descanso para los incesantes desastres hasta que brilló Cristo Salvador del Mundo.

## SUCESION DE IMPERIOS

VII. 2.—Intentaré en pocas palabras completar la idea de que la paz del Imperio Romano estuvo predestinada para la venida de Cristo, aunque crea que ya lo he probado suficientemente. Al principio del libro II, cuanto toqué ligeramente los tiempos de la fundación de Roma, describí muchas cosas comunes entre Babilonia, ciudad de los Asirios, cabeza entonces de todos los pueblos, y Roma, dominadora también ahora de muchas gentes; aquél había sido el primer Imperio, éste el último; aquél fué cayendo lentamente y éste fortaleciéndose gradualmente; Babilonia perdió el último rey al mismo tiempo que Roma tuvo su primer rey; después Babilonia fué invadida y conquistada por Ciro y cayó moribunda, precisamente cuando Roma, naciendo confiada después de la expulsión de los reyes, pudo usar libremente de sus propias decisiones. Especialmente, cuando Roma, habiendo defendido su libertad el pueblo judío, que había sido esclavo de los reyes de Babilonia, devuelta su libertad, volvió a la Santa Jerusalén y rehizo el Templo de Dios, como habían predicho los profetas. También había dicho yo que entre el Imperio babilónico que estaba al Este, y el romano que, habiendo surgido en el Oeste, se había nutrido con la herencia del Este, se hallaban el Imperio macedónico y el africano, que habían desempeñado el papel de guardador o administrador a breves intervalos, en el Sur o en el Norte. Sé que jamas nadie ha dudado que el Imperio babilónico y el romano son llamados, con razón, éste, Imperio del Oeste, y aquél, del Este; su propia situación geográfica, y los altares de Alejandro Magno, colocados hasta hoy día, junto a los Montes Rifeos, prueban que el Imperio macedónico estaba al Norte, que Cartago se hallaba al frente

de toda Africa y que extendía los límites de su Imperio no sólo a Sicilia y Cerdeña y demás islas adyacentes, sino también a España, está claro por los recuerdos de la historia y los restos de sus ciudades. Se dijo también que habían transcurrido absolutamente igual número de años, hasta la devastación de Babilonia por los medos, y la invasión de Roma por los godos.

Pero ahora yo, a estos argumentos, añado lo siguiente, para aclarar que Dios es el único árbitro de todas las edades, de todos los reinos y de todos los lugares. El Imperio cartaginés, desde su fundación, hasta su destrucción, subsistió poco más de setecientos años; de igual modo, el Imperio persa, desde Caro hasta Perses, poco menos de setecientos años. A ambos puso fin el número 7, por el cual todas las cosas se deciden. La misma Roma, aunque hasta la venida del Señor Jesucristo, llegó con el Imperio inviolado, sin embargo, ella misma sufrió un poco a la llegada de este número, pues en el año 700 de su fundación, un fuego de incierto origen asoló catorce aldeas, y nunca, según Livie, sufrió Roma un incendio mayor: hasta tal punto, que algunos años después, César Augusto concedió gran cantidad de dinero de los fondos públicos para la reconstrucción de las aldeas quemadas entonces. Podía también demostrar que Babilonia subsistió el mismo número de años duplicado, pues después de 1.400 años fué conquistada finalmente por el rey Ciro, si no estuviera limitado ante la contemplación de las cosas presentes.

#### NACIMIENTO DE CRISTO

VII. 2.—Con mucho gusto añado que en el año 43, desde que había empezado a reinar aquel famoso Nino, el primero de todos los reyes (aunque también se cuenta dudosamente que su padre Belo había reinado antes que él), nació aquel santo Abraham, al cual se se refieren las promesas y de cuyo linaje fué prometido Cristo; ahora que en el año 42, casi pasado, desde que empezó a reinar César Augusto, el primero de todos los Emperadores (aunque también César, su padre, había sido más que un Emperador, un inspector del

Imperio), nació Cristo, el prometido a Abraham, en el tiempo de Nino, el primer Rey. Nació en el VIII día antes de las Kalendas de Enero, cuando está para empezar el año próximo. Así sucedió que mientras Abraham nació en el año 43, el nacimiento de Cristo sucedió al fin del año 42, de modo que no es que él hubiera nacido en una parte del año tercero, sino, más bien, que fué el año tercero el que nació viviendo ya El. Pienso que se conoce suficientemente, aunque yo no lo diga, en qué grandes bienes nuevos y desacostumbrados, abundó este año. En todo el mundo hubo una paz única, no porque cesaran las guerras, sino porque se suprimieron; las puertas de Jano, fueron cerradas después de extirpadas las causas de la guerra, no contenidas; fué hecho el primer y gran censo, todos los hombres juraron al solo nombre de César e inmediatamente quedó constituida una única sociedad por su participación en el censo.

#### DISTINTA ACTITUD DE TIBERIO Y EL SENADO HACIA LOS CRISTIANOS

VII. 4.—En el año 767 de la fundación de la ciudad, después de la muerte de César Augusto, César Tiberio subió al Imperio y permaneció en él veintitrés años. Este no hizo ninguna guerra por sí mismo, ni siquiera sus legados hicieron guerras importantes a no ser en que en algunos lugares eran reprimidas con toda facilidad unas agitaciones de pueblos, conocidas de antemano. En el año 4.<sup>a</sup> de su Imperio, Germánico, Hijo de Druso, padre de Caligula, celebró un triunfo sobre los germanos, a los que había sido enviado por Augusto, ya viejo. El mismo Tiberio estuvo al frente del Estado con una gran moderación y responsabilidad la mayor parte de su Imperio, hasta el punto de que algunos gobernadores que le aconsejaban aumentar los impuestos a las provincias, les escribió: "Es propio del pastor bueno esquilarse el rebaño, no devorarlo". Y después de la pasión de Cristo Señor, y de su Resurrección de entre los muertos, y después que envió a sus discípulos a predicar, Pilato,

gobernador de la provincia de Palestina, refirió al emperador Tiberio y al Senado la pasión y resurrección de Cristo y los milagros que le siguieron, ya sea los que El había hecho, ya los que habían hecho sus discípulos en su nombre, y que por ello creció la fama, de que era Dios. Tiberio, con una gran aprobación, refirió al Senado que Cristo fuera considerado Dios, pero indignado el Senado porque no le había sido comunicado antes, según costumbre, para ser él el primero que opinara sobre la aceptación de un culto, rechazó la deificación de Cristo y dió un edicto que los cristianos debían ser eliminados de la ciudad, principalmente porque Sejano, prefecto de Tiberio, se oponía obstinadamente a admitir la nueva religión. Pero Tiberio amenazó con la muerte a los delatores de los cristianos. De este modo, aquella célebre moderación de César Tiberio, se trocó en una orden castigando al Senado por su oposición, pues el Emperador sentía placer en hacer todo lo que quería; y del más dulce Príncipe se convirtió en la más cruelísima bestia. Proscribió a muchos senadores y los lanzó a la muerte; había elegido para aconsejar a 22 patricios; a dos de éstos, a duras penas, los salvó; a los restantes los mató por diversos motivos; mató también a Sejano, prefecto suyo, que maquinaba una revolución; a sus dos hijos, Druso y Germánico (Druso, hijo natural; Germánico, adoptivo), hay claras señales de que los envenenó; mató a los hijos de su hijo Germánico. Horroriza y avergüenza el contar los hechos uno a uno; tan codicioso y cruel se tornó, que quienes habían despreciado el ser salvados por Cristo Rey, fueron castigados por el rey César.

#### NUEVOS CASTIGOS A LA HUMANIDAD DESPUES DE LA PASION DE CRISTO

Sin embargo, en el año XII de Tiberio un nuevo e increíble desastre sucedió a la ciudad de Fidena: la cavea del anfiteatro se derrumbó cuando el pueblo estaba presenciando unas luchas de gladiadores y murieron más de 20.000 hombres; en verdad un ejemplo digno

de tan gran catástrofe para la posteridad. ¡Venir los hombres, deseosos de ver cómo mueren los hombres, cuando Dios había querido hacerse hombre para salvar al hombre! Después, en el año XVII del mismo Emperador, cuando el Señor Jesucristo se entregó voluntariamente a su pasión y fué prendido con impiedad por los judíos y clavado en la cruz, se produjo un enorme movimiento de tierra por todo el mundo: las rocas en las montañas se abrieron y muchas zonas de las grandes ciudades cayeron con inusitada violencia. También el mismo día, a la hora sexta, el sol se oscureció totalmente y una tétrica noche cubrió rápidamente la tierra, según se dijo: "Los impíos siglos temieron la noche eterna". Hasta tal punto quedó claro, que ni la luna ni las nubes se habían interpuesto a la luz del sol, que se cuenta que la luna, décimocuarta en ese día, interpuesta toda la órbita del Cielo, distaba muchísimo del sol, y las estrellas lucían en todo el Cielo en aquellas horas diurnas, o mejor, en aquella terrible noche. Esto lo atestigua no sólo la autoridad de los Santos Evangelios, sino también libros de Griegos. Después de la Pasión de Cristo, a quien los judíos persiguieron cuanto pudieron, se oyen continuados e incesantes desastres de los judíos, mientras ellos, arruinados y repartidos por el mundo, dejan de existir. Pues Tiberio mandó a su juventud a regiones de peor clima, por cumplir su juramento militar, y a los restantes judíos y a los que tramaban cosas parecidas, los alejó de la ciudad, bajo pena eterna de esclavitud si no se moderaban. A las ciudades de Asia, destruídas por el terremoto, les devolvió su tributo y las regaló, con su acostumbrada generosidad. Este no se sabe seguro si murió envenenado.

#### LAS PERSECUCIONES OFICIALES CONTRA LOS CRISTIANOS Y SUS VENGANZAS

VII. 26.—En el año 1061, de la fundación de Roma, Constantino, el trigésimo cuarto Emperador, recibió de su padre, Constancio, el timón del imperio, el cual lo tuvo treinta y un años

muy bien. Aquí me salen al encuentro y danzando se lanzan contra mí unos, diciendo: "¡Ea! Por fin caíste en nuestras trampas, después de esperarte largo tiempo; aquí te aguardábamos nosotros para detener tu marcha; aquí te cogemos cuando vas a caer; aquí te sostenemos confuso. Hasta aquí te hemos aguantado el que de un modo artificioso y apasionado hayas unido los fortuitos cambios de los tiempos a las venganzas en pro de los cristianos. Y entre tanto, conmovidos por la apariencia de cosa verdadera, como hombre que no conocen los secretos divinos, palidecíamos de miedo; pero ahora nuestro Maximiano ha puesto de manifiesto el tinglado de tu juego y como columna inexpugnable ha hecho brillar la antigüedad de nuestra religión. Durante diez años fueron destruidas vuestras iglesias, según tú mismo confiesas; en todo el mundo los cristianos fueron destrozados con tormentos y vencidos con la muerte. Tenemos un testimonio tuyo evidente que no ha habido ninguna persecución, ante Dios, tan grande ni tan duradera. Y sin embargo, he aquí, entre la tranquilidad próspera de estos tiempos, la inusitada felicidad de los emperadores que hicieron esas acciones; nadie pasó hambre, ni peste; ninguna lucha hubo en el foro a no ser las voluntarias para ejercitar las fuerzas, no para arruinarlas; además, un hecho desconocido hasta aquí para el género humano: la asociación de muchos mandos al unísono, su gran armonía y su común soberanía, mirando, ahora como siempre, al bien común". Hay que añadir, lo cual hasta ahora ignoran los mortales, que aquí los grandes emperadores y perseguidores particulares, una vez depuesta su dignidad, se dedicaron a descansar; esto los hombres lo juzgan como el más dichoso y supremo bien, para una nueva vida; los autores de la persecución lo consiguieron en calidad de premio, cuando precisamente sus fuegos corrían enfurecidos, en mitad de su carrera, por todo el mundo. ¿Ahora también aseguras que esta dicha sucedió en aquellos tiempos como castigo y tratas de atemorizarnos por ello? A éstos yo respondo con humildad, que yo, dispuesto siempre a la compasión, me acuerdo de la verdad y no me atemorizo por lo falso. Diez persecuciones ha

sufrido la Iglesia de Cristo, desde Nerón hasta Maximiano; nueve castigos, como he dicho, o desgracias, como ellos dicen le siguieron inmediatamente, y no insisto en si son castigos debidos o cambios fortuitos, porque en mi opinión y en la suya fueron auténticas desgracias. En el décimo castigo los hombres, pobres y ciegos, vacilan, pues no ven que él ha sido tanto más grave para ellos, cuanto menos percibido; el impío es azotado y no se da cuenta. Habiendo sido esto expuesto, forzados por la naturaleza de los hechos, confesarán que de aquel gran castigo de la persecución de Maximiano estas son las heridas de las que ahora se duelen y se duelen tanto que gritan y nos acosan a gritar: estamos ansiosos de que se callen de algún modo.

#### OTRO CASTIGO DIVINO: FIN DEL EMPERADOR VALENTE

VII. 32.—En el año XV del Emperador Valente sucedió aquella deplorable batalla de Tracia, contra los godos, los cuales ya entonces estaban adiestrados en el arte militar y tenían abundancia de recursos. Tan pronto como los escuadrones de jinetes romanos fueron atacados por la violencia de los godos, dejaron las guarniciones desprovistas de infantería; en seguida las legiones de infantería fueron rodeadas por la caballería de los enemigos y primeramente fueron cubiertas por nubes de dardos; después, como enloquecidas por el miedo, caminaron dispersas por lugares extraviados y pericieron heridas mortalmente por las espadas y los picos de los que les perseguían. El mismo emperador, que habiendo sido herido por un dardo y huyendo difícilmente, estaba escondido en una casa de campo, fué apresado por los enemigos que le persiguieron y pereció en las llamas, y a fin de que el testimonio de su castigo y de la indignación divina sirviese de terrible ejemplo a la posteridad, careció incluso de una sepultura común. La obstinación y miseria de los paganos se consuela por esto, porque en los tiempos cristianos y bajo dominio cristiano, ocurrieron al mismo tiempo tan grandes calamidades, que oprimieron la cér-

viz de la república: ciudades arruinadas, ejércitos destrozados, el Emperador quemado. Realmente esto es importante para nuestro dolor y más miserable cuanto más nuevo. Pero, ¿qué puede aprovechar esto al consuelo de los paganos, si ven claramente que en estas calamidades también ha sido castigado el perseguidor de los cristianos? El Dios único nos dió una única fe y extendió por todo el mundo una única Iglesia. El la mira, la ama, la defiende. Bajo cualquier nombre que uno se cubra, si no se asocia a la Iglesia, es ajeno a ella; si la ataca, es su enemigo. Los paganos se consuelan cuanto pueden en los sufrimientos de los judíos y herejes y solamente permiten confesar que hay un solo Dios y que no admite personas, y ellos por la prueba de la destrucción de Valente. Los godos, antes de esto, pidieron por medio de unos legados que les enviaran los obispos que les habían enseñado la regla de la fe cristiana. El Emperador Valente, con una gran malicia, les envió doctores del dogma arriano; los godos continuaron en los principios básicos que ellos aprendieron de la primera religión. Y así, por justo juicio de Dios, le quemaron vivo los mismos que por su culpa se quemaron en la herejía.

#### MASCEZEL, CREYENTE Y APOSTATA. PROVIDENCIA DE DIOS

VII. 36.—Ardalio es el nombre del río que corre entre las ciudades de Teveste y Ammedera. Cuando Mascezel acampó con pequeña tropa, es decir, con 5.000 soldados, según dicen, contra 70.000 enemigos, como quisiera, hecho un descanso, abandonar el lugar y pasar las estrecheces situadas delante de las empalizadas, al venir la noche le pareció ver en sueños al Santo Obispo de Milán, Ambrosio, muerto hacía poco, que le señalaba con la mano y con el báculo golpeando la tierra tres veces y diciendo: "Aquí, aquí, aquí". Aquél, con una prudente interpretación, entendió esto como confianza en la victoria, fundado en el valor de quien lo anunciaba: el lugar por la palabra y el día por el número de veces que lo repitió. Permaneció allí y al tercer día, después de una noche velando entre oraciones e

himnos, después de los misterios de los divinos sacramentos, avanzó hacia el enemigo, que lo rodeaba, y como a los que se presentaban los primeros les lanzase palabras bellas de paz, un jefe que se oponía insolentemente y que estaba a punto ya de entablar combate, le golpeó el brazo con la espada y le obligó, débil ya su mano por la misma herida, a rendir su bandera. Viéndolo las restantes cohortes y pensando que ya estaba hecha la rendición de las primeras, dando la vuelta se entregaron a Mascezel. Los bárbaros, de los cuales Gildo había traído un gran número para la guerra, ya sin el freno de los soldados, huyeron a distintos sitios. El mismo Gildo se dió a la fuga en una nave que había cogido y se lanzó al mar, pero fué llevado a África y allí, después de algunos días, pereció estrangulado. Correríamos peligro al relatar tan grandes milagros de parecer unos solemnes embusteros si el testimonio de los que murieron no se adelantase a nuestras palabras. No hubo asechanzas ni corrupciones; fueron vencidos setenta y cinco mil enemigos, casi sin lucha; el soldado vencido huyó a tiempo de que el vencedor, airado, le atacara. Gildo fué llevado a un lugar distinto para que su hermano no pudiera saber que había sido muerto, con lo cual él mismo ya estaba vengado. El mismo Mascezel, ensoberbecido porque las cosas le habían sido favorables y no teniendo en cuenta la comunidad de los santos con lo que poco antes, sirviendo a Dios, había vencido, se atrevió a ultrajar a la Iglesia y no vaciló en sacar a algunos de ella. El castigo siguió al sacrilegio, pues mientras vivían todavía los que él había sacado de la Iglesia, al poco tiempo sólo él fué castigado y en él mismo demostró que el juicio de Dios siempre mira a una doble intención, puesto que cuando confió en El fué ayudado, y cuando le despreció, fué muerto.

#### ULTIMO CASTIGO DE LA ROMA PAGANA. ALARICO TOMA LA CIUDAD

Por ello, después de este gran incremento de blasfemias y ningún arrepentimiento, un castigo largamente diferido

cayó sobre la ciudad: Alarico aparece, pone sitio a la temblorosa Roma, la atemoriza y penetra en ella, dando orden antes de que si alguno se refugiaba en los lugares sagrados, sobre todo en las basílicas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, se les permitiría permanecer inviolados y seguros, y que tomaran cuanto pudiesen, pero que se abstuvieran de la sangre. Sucedió también que para probar que el asalto a la ciudad fué debido más a la indignación divina que a la fuerza del enemigo, el beato Inocencio, Obispo de la ciudad de Roma, como un justo Loth arrancado de Sodomia y por oculto designo de Dios llevado a Ravena, no vió la destrucción del pueblo pecador. Mientras los bárbaros vagaban por la ciudad, uno de los godos, hombre poderoso y cristiano, halló en una iglesia a una virgen de edad ya avanzada y como le pidiese honestamente oro y plata, le respondió con la firmeza de su fe que ella tenía mucho y que se lo mostraría después, y se lo mostró, y dándose cuenta de que el bárbaro estaba atónito por la grandeza, peso, belleza y caridad desconocida de las riquezas expuestas, la virgen dijo al bárbaro: "Estos son los vasos sagrados del Apóstol Pedro; tómalos si te atreves; tú responderás del hecho. En cuanto a mí, ya que no puedo defenderlos, no me atrevo a tenerlos". Pero el bárbaro, movido a respetar la religión por temor a Dios y por la fe de la virgen, refirió a Alarico, por medio de un mensajero, este hecho; Alarico mandó que fuesen devueltos a la basílica del Apóstol todos los vasos que hubiera y que la virgen y todos los cristianos que se sumasen fuesen llevados al mismo sitio sin riesgo ninguno. Ese lugar distaba bastante, según se dice, de los Santos Lugares, con una distancia casi de media ciudad, y así, en un gran espectáculo para todos, los vasos de oro y de plata fueron llevados uno por cada uno y levantados sobre sus cabezas, a vista de todos; la piadosa procesión estaba protegida por una doble fila de espadas; se cantó en voz alta un himno a Dios por romanos y bárbaros al unísono. En la ciudad saqueada resuena vigorosa la trompeta de salvación que llama y excita a todos los que estaban escondidos en lugares ocultos; de todas partes los vasos de Cristo se mez-

clan con los vasos de Pedro; también muchísimos paganos se unen a los cristianos en la procesión, aunque no en la fe, y por este camino se escaparon a tiempo de que se hiciese mayor confusión. Cuando más abundantes eran los romanos que huían, con tantas más fuerza los bárbaros protectores los rodeaban. ¡Oh, sagrado e inefable discernimiento del juicio divino! ¡Oh, santo y saludable río, que surgiendo de una pequeña casa, al dirigirse a las moradas de los santos por un lecho feliz, arrastró con piadosa rapiña al seno de salvación a las almas extraviadas y a punto de perecer! ¡Oh, célebre trompeta de la milicia de Cristo, que enviando con dulcísima melodía a todos a la vida, a quienes porque no obedecieron no pudo salvar, los abandonó a la muerte sin excusa! Pienso que este gran misterio, que consistió en trasladar los vasos, en entonar himnos en una procesión del pueblo, fué como una gran criba, por la que de la reunión del pueblo romano, como de una gran masa de trigo, por todos los orificios de todo el ámbito de la ciudad cayeron granos, llevados, o por la casualidad o por la verdad que creían. Todos los que creían en la presente exaltación fueron recibidos como si vinieran del hórreo dispuesto por el Dueño; pero los restantes, como estiércol o paja, prejuzgados por su incredulidad y desobediencia, se destinaron para deshecho y para el fuego. ¿Quién puede apreciar estas cosas con suficiente admiración? ¿Quién puede proclamarlas con alabanzas dignas?

Al tercer día los bárbaros, por su voluntad, abandonaron la ciudad en la que entraron, después de haber incendiado unos pocos edificios, pero ni mucho menos los que en el año 700 de la fundación de la ciudad, se quemaron por pura casualidad. Pues si examinamos el incendio causado para espectáculo del Emperador Nerón, no admitirá con seguridad comparación este incendio, que causó ahora la ira del vencedor, con el que había producido el desenfreno del Emperador. Tampoco debo recordar en este recorrido a los galos, que sin cesar, un año casi, los cobijaron las cenizas de la ciudad incendiada y devastada, y para que nadie dudara que había sido permitido, a fin de que se arrepintiese de su soberbia la ciudad, desenfrenada y blasfe-

ma, en la misma época fueron destruídos por unos rayos los lugares más célebres de la ciudad, que no pudieron ser destruídos por los enemigos.

### LOS BARBAROS Y EL CRISTIANISMO

VII. 41.—Yo podía ahora hablar abundantemente de cosas de este tipo, si la secreta voz de la conciencia no hablara ya a cada hombre en particular. España fué invadida, sufrió muertes y saqueos, pero esto no es nada nuevo. Durante dos años, mientras la espada del enemigo se enfurecía, España aguantó de los bárbaros lo que durante doscientos años había tenido que aguantar a los romanos; lo que también bajo el Emperador Galieno, durante casi doce años, experimentó cuando la saquearon los germanos. Pero, ¿quién que sea conocedor de sí propio, de sus actos y de sus pensamientos y tema los juicios de Dios, no confiesa que él sufrió justamente todas las cosas y que aún fueron pequeñas? O, ¿quién que no se coñozca y no tema a Dios, cómo puede decir que estos sufrimientos son justos y pequeños? Siendo esto verdad, no obstante la clemencia divina, se produjo aquel resultado con la misma piedad con que la había predicho incesantemente en su Evangelio: "Cuando seáis perseguidos en una ciudad huid a otra", y quien quería salir y huir se servía de los mismos bárbaros como mercenarios, servidores y defensores; ellos también se ofrecían, y quienes no podían llevarse todo porque habían muerto todos los suyos, los bárbaros pedían una cantidad insignificante por sus servicios y

por el peso transportado; así obraban muchos. Pero quienes, obstinados no creyeron en el Evangelio, o quienes, doblemente obstinados, incluso no lo escucharon, no se escaparon a la ira y fueron muy justamente alcanzados y oprimidos por ella. Después de esto, los bárbaros, maldiciendo continuamente su espada, se volvieron a los arados y ayudaron a los romanos como amigos y aliados, de modo que hay entre ellos algunos romanos que prefieren una libertad, aunque sea pobre, con los bárbaros, que aguantar el pago del tributo entre los suyos. Aunque sólo por esto los bárbaros hubiesen sido admitidos en las fronteras romanas, porque la Iglesia de Cristo, del Este y del Oeste, se llenase de hunos, suevos, vándalos y burgundios y de otros diversos e innumerables pueblos de creyentes, debería ensalzarse y alargarse la misericordia de Dios, puesto que, aunque con debilitación nuestra, tantos pueblos recibían del conocimiento de la verdad, el cual no podían hallar sino en esta ocasión. Pues ¿qué perjuicio hay para el cristiano que desea la vida eterna el ser llevado de este mundo, en cualquier tiempo de cualquier manera? ¿Y qué ganancia hay para el pagano que en medio de los cristianos aguanta contra la fe, con tal de abrazar un poco más la vida y a quien le llega tarde la conversión al morir?

Puesto que los juicios de Dios son inescrutables y no los sé decir todos, ni los puedo explicar, brevemente expondré de qué modo se produce el juicio del castigo divino y quiénes saben aguantarlo justamente y quiénes no.

*(Traducción de Agapita Serrano Pérez.)*